

STEFAN
ZWEIG

NOVELA DE
AJEDREZ



STEFAN
ZWEIG

**NOVELA DE
AJEDREZ**

Traducción de Alfredo Cahn

Prólogo de David Fontanals



AUSTRAL


ESPASA



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Die Schachnovelle*

© de la traducción, Alfredo Cahn, 1945

© de la traducción revisada y del prólogo, David Fontanals, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 1945

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición en Austral: septiembre de 1945

Primera edición en esta presentación: mayo de 2023

Depósito legal: B. 7.269-2023

ISBN: 978-84-670-6986-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Novela de ajedrez

A bordo del transatlántico que a medianoche debía zarpar rumbo a Buenos Aires reinaban la habitual animación y el ajetreo de última hora. Se confundían y se abrían paso a codazos los allegados que acompañaban a los viajeros; los mensajeros de telégrafos, con las gorras ladeadas, recorrían los salones como flechas, gritando tal o cual nombre; se arrastraban baúles y se traían flores; por las escaleras subían y bajaban niños movidos por la curiosidad, en tanto que la orquesta tocaba con brío la música de acompañamiento del espectáculo de cubierta. Un poco apartado de ese tumulto, estaba yo conversando con un conocido sobre la cubierta de paseo, cuando a nuestro lado estallaron dos o tres agudos fogonazos de magnesio; al parecer, algún personaje destacado había sido entrevistado y fotografiado instantes antes de la partida. Mi acompañante miró hacia aquel lado y sonrió:

—Llevan ustedes un tipo curioso a bordo: Czentovic.

Debí revelar con mi gesto una gran ignorancia ante esa noticia, pues mi interlocutor agregó ense- guida a modo de explicación:

—Mirko Czentovic es el campeón del mundo de ajedrez. Acaba de recorrer Estados Unidos, de este a oeste, participando en torneos, y ahora se dirige a Argentina a la búsqueda de nuevos triunfos.

Entonces recordé efectivamente el nombre del joven campeón del mundo e incluso algunos por- menores de su carrera meteórica; mi amigo, un lector de periódicos más asiduo que yo, estaba en condiciones de completarlos con toda una serie de anécdotas. Aproximadamente un año atrás, Czentovic se había colocado de repente a la altura de los maestros más consagrados del arte del aje- drez, como Allekhin, Capablanca, Tartakover, Las- ker, Bogollubov; desde la presentación, en el tor- neo de Nueva York de 1922, del niño prodigio de siete años Reshevsky, nunca la irrupción de un jugador absolutamente desconocido en el glorio- so gremio había despertado una sensación tan unánime. Porque las dotes intelectuales de Czen- tovic no parecían augurarle una carrera tan bri- llante. No tardó en revelarse el secreto y difundir- se la noticia de que el flamante maestro del ajedrez era incapaz, en su vida privada, de escribir una frase sin faltas de ortografía, en el idioma que fue- se, y, según el decir burlón y rencoroso de uno de sus colegas, «su ignorancia era en todas las mate-

rias igualmente universal». Era hijo de un miserable barquero eslavo del Danubio, cuya barca fue hundida una noche por un vapor cargado de cereales. El entonces niño de doce años fue acogido a la muerte de su padre, en un acto de piedad, por el párroco del apartado lugar, y el buen sacerdote se esforzó honradamente para compensar a fuerza de paciencia lo que el niño, avaro de palabras, apático y de ancha frente, no era capaz de aprender en la escuela de la aldea.

Pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Mirko siempre se quedaba mirando con extrañeza los signos de escritura que ya le habían explicado cientos de veces como si fueran completos desconocidos para él; su cerebro trabajaba pesadamente y carecía de fuerza retentiva aun para los conceptos más simples de la enseñanza. A la edad de catorce años tenía que recurrir todavía a la ayuda de los dedos para hacer algún cálculo, y la lectura de un libro o del diario significaba para el joven, ya mayorcito, un esfuerzo fuera de lo común. Pero, a pesar de todo, no podía tildársele de reacción o recalcitrante. Hacía de buen grado cuanto se le encomendaba: iba a buscar agua, cortaba leña, ayudaba en las faenas del campo, ponía en orden la cocina y cumplía puntualmente, aunque con una lentitud desesperante, todo servicio que se le pedía. El rasgo del terco muchacho que más exasperaba al cura era su indiferencia absoluta y total. No hacía nada que no se le hubiera ordenado ex-

presamente; jamás formuló una pregunta, no jugaba con otros niños ni buscaba entretenerse por su propia cuenta. En cuanto Mirko había terminado con los quehaceres de la casa, se quedaba sentado, impassible, con la mirada vacía como la del ganado en su pasto, sin demostrar el más remoto interés por las cosas que ocurrían a su alrededor. Al anoecer, cuando el párroco, fumando su larga pipa de campesino, jugaba sus tres habituales partidas de ajedrez contra el sargento de gendarmería, el rubio y apático muchacho permanecía sentado junto a él, mudo, mirando bajo los pesados párpados el tablero a cuadros, al parecer soñoliento e indiferente.

Una tarde de invierno, mientras los contrincentes estaban absortos en su partida cotidiana, resonaba en la calle del pueblo, cada vez más cerca, el tintineo de un trineo. Un campesino, con la gorra espolvoreada de nieve, entró dando grandes zancadas para decir que su madre estaba agonizando y rogar al cura que se diera prisa para llegar a tiempo de impartirle la extremaunción. El sacerdote lo siguió sin titubear. A modo de despedida, el sargento de gendarmería, que no había terminado todavía de beber su vaso de cerveza, encendió su pipa y se disponía a calzar de nuevo sus pesadas botas de montar, cuando observó la mirada del pequeño Mirko fija sobre el tablero, donde habían quedado las piezas de la partida inconclusa.

—¿Qué, quieres terminarla? —bromeó, absolutamente convencido de que el amodorrado joven no sabría mover debidamente ni una sola pieza sobre el tablero. Pero el muchacho levantó la mirada con timidez, asintió con la cabeza y ocupó el asiento del cura. Al cabo de catorce jugadas, el sargento quedó vencido y hubo de reconocer, además, que su derrota no era debida a un descuido o negligencia por su parte. La segunda partida terminó de idéntica manera.

—¡La burra de Balaam! —exclamó sorprendido el cura a su regreso, sin dejar de explicar al sargento, menos versado en el texto bíblico, que hacía dos mil años se había producido un milagro similar, cuando un ser mudo halló de pronto el lenguaje de la sabiduría. A pesar de la hora avanzada, el bueno del cura no pudo resistirse a retar a su casi analfabeto pupilo a un duelo. Y he aquí que Mirko lo venció a él también con suma facilidad. Jugaba de un modo tenaz, lento, inmovible, sin levantar una sola vez su ancha frente inclinada sobre el tablero; jugaba con una seguridad imperturbable. En los días siguientes, ni el gendarme ni el cura fueron capaces de ganarle una sola partida. El sacerdote, que estaba en mejores condiciones que cualquier otro para juzgar el retraso de su pupilo en todos los demás aspectos, quiso cerciorarse de hasta qué punto ese singular talento resistiría una prueba más rigurosa. Mandó a Mirko al peluquero del pueblo para que este le

cortara sus desgreñados cabellos de color pajizo, a fin de dejarlo un poco más presentable, y luego lo llevó en su trineo a la pequeña localidad vecina, donde en el café de la plaza mayor se reunía un grupo de jugadores de ajedrez más empedernidos que él, y a los que, a pesar de varias tentativas, jamás había podido vencer. No fue poco el asombro de la tertulia local cuando, a empujones, el cura hizo pasar a un niño de unos quince años, rubio y de mejillas coloradas, enfundado en una piel de cordero vuelta al revés y que calzaba unas pesadas botas altas. El niño se quedó avergonzado y perplejo en un rincón, sin levantar la mirada hasta que se le llamó desde una de las mesas de ajedrez. Mirko, que en casa del cura nunca había visto la llamada «defensa siciliana», fue derrotado en la primera partida. La segunda la disputó con el mejor jugador de aquel círculo, y empataron. A partir de la tercera y cuarta partida, Mirko las ganó todas, una tras otra.

Y como en una pequeña ciudad sudeslava de provincias rarísimas veces ocurren sucesos emocionantes, aquella primera aparición de este rústico campeón se convirtió para los notables allí reunidos en un suceso de primer orden. Se decidió por unanimidad que el niño prodigio permaneciera a toda costa en la ciudad, por lo menos hasta el día siguiente, a fin de que se pudiera congregarse a los demás integrantes del círculo de ajedrez, y, sobre todo, informar en su castillo al

anciano conde Simczic, un fanático de dicho juego. El cura, que miraba a su pupilo con un renovado orgullo, no quiso, sin embargo, descuidar su obligado oficio dominical, a pesar de la alegría que le embargaba por su descubrimiento, y se declaró dispuesto a dejar a Mirko para que fuese sometido a una nueva prueba. El joven Czentovic fue alojado por cuenta del círculo de ajedrez en el hotel de la villa, donde aquella noche vio por primera vez en su vida un cuarto de baño. A la tarde del domingo siguiente, el salón del café estaba repleto de gente. Mirko, sentado durante cuatro horas, inmóvil frente al tablero de ajedrez, venció uno tras otro a sus contrincantes sin decir una sola palabra y sin levantar la cabeza siquiera una vez. Por último, alguien propuso que se jugasen unas partidas simultáneas. Se necesitó un largo rato para hacer comprender al ignorante que en una sesión de simultáneas él solo debía jugar a un mismo tiempo contra varios adversarios. Pero en cuanto Mirko entendió cómo funcionaba esa modalidad de juego, se adaptó inmediatamente a la tarea, y pasando lentamente con sus pesadas botas de una mesa a la otra, terminó ganando siete de las ocho partidas.

Acto seguido se originaron grandes deliberaciones. Aun cuando, en sentido estricto, el nuevo campeón no era hijo de la ciudad, el orgullo local se había inflamado. Acaso la pequeña ciudad, cuya presencia en el mapa difícilmente nadie había ad-

vertido hasta entonces, estaba en vísperas de alcanzar el honor de ofrecer al mundo un personaje famoso. Un agente llamado Koller, que de ordinario se limitaba a contratar cantantes y cupletistas para el cabaret de la guarnición local, se declaró dispuesto, con la sola condición de que se sufragasen los gastos de pensión por espacio de un año, a cuidar de que el muchacho fuese instruido profesionalmente en el arte del ajedrez por un excelente maestro que él conocía y que vivía en Viena. El conde Simczic, que en sesenta años de partidas diarias de ajedrez jamás se había enfrentado con un contrincante tan extraordinario, se comprometió en el acto a pagar la suma necesaria. Ese día se inició, pues, la asombrosa carrera del hijo del barquero.

Al cabo de medio año, Mirko dominaba todos los secretos de la técnica ajedrecística, pero, a decir verdad, con una extraña particularidad, que más tarde fue objeto de atenta observación y numerosas bromas por parte de los entendidos en la materia: Czentovic nunca logró jugar una sola partida de memoria, o, por emplear el término técnico, «a ciegas». Carecía por completo de la facultad de proyectar el tablero de ajedrez sobre el campo ilimitado de la fantasía. Necesitaba tener el tablero siempre a la vista, poder palpar sus sesenta y cuatro casillas blancas y negras y las treinta y dos piezas; aun en la época de su fama mundial llevaba constantemente consigo un pe-

queño tablero plegable, de bolsillo, para reproducir ante sus ojos las distintas posiciones cuando quería reconstruir una partida o resolver algún problema. Ese defecto, insignificante de por sí, revelaba una ausencia de fuerza imaginativa que se discutía en los círculos respectivos con la misma pasión con que los músicos se llevarían las manos a la cabeza en el caso de que un virtuoso o director de orquesta sobresaliente fuese incapaz de interpretar o dirigir una obra sin tener la partitura correspondiente a la vista. Mas aquella rara peculiaridad de Mirko no retardó en absoluto su estupenda carrera. A los diecisiete años ya había ganado una docena de premios; a los dieciocho, el campeonato húngaro, y a los veinte, por fin, el campeonato mundial. Los campeones más atrevidos, cada uno de los cuales le superaba infinitamente en dotes intelectuales, en fantasía y audacia, sucumbían a su lógica fría y tenaz, igual que Napoleón al pesado Kutúzov o Aníbal a Fabio Cunctátor, quien, según Livio, también había demostrado en su juventud esos rasgos llamativos de parsimonia e imbecilidad. Fue así como se introdujo en la ilustre galería de los campeones de ajedrez, que reúne en sus filas los más distintos tipos de superioridad intelectual —filósofos, matemáticos, naturalezas calculadoras, imaginativas y a menudo creadoras—, el primer *outsider* absolutamente ajeno al mundo del intelecto, un rústico aldeano, pesado, silencioso, a quien ni siquiera

el periodista más avezado lograba arrancar una sola palabra que pudiera dar lugar a un reportaje. Es verdad que las declaraciones agudas que la cortedad de intelecto de Czentovic escatimó pronto quedaron sustituidas con creces por anécdotas relativas a su persona. Porque en el instante en que Mirko se levantaba de la mesa de ajedrez, donde era maestro sin igual, se transformaba irremisiblemente en una figura grotesca, poco menos que cómica; pese a su solemne traje negro, su pomposa corbata y el alfiler con una perla algo llamativa, y sus uñas trabajosamente lustradas, seguía siendo por sus modales el mismo torpe campesino que en la aldea había fregado la habitación del cura. Su modo desmañado y casi desvergonzado de convertir su talento y su fama en dinero, satisfaciendo una codicia mezquina y hasta ordinaria a veces, ora divertía, ora indignaba a sus colegas. Viajaba de ciudad en ciudad, hospedándose siempre en los hoteles más económicos; jugaba en los clubs más míseros, con tal de que se le pagasen sus honorarios, se dejaba retratar para servir de propaganda a una marca de jabón, y, sin importarle la burla que suscitaba entre sus competidores, quienes sabían perfectamente que no era capaz de escribir tres frases seguidas correctamente, incluso vendió su nombre para una *Filosofía del ajedrez* que en realidad había escrito un ignoto estudiante de Galitzia por encargo de un editor con pocos escrúpulos. Como todas las na-

turalezas tenaces, carecía en absoluto del sentido del ridículo; desde que había logrado el triunfo en el torneo mundial, se consideraba el personaje más importante del mundo, y la noción de haber vencido con sus propias armas a todos aquellos que hablaban y escribían de forma tan brillante e intelectual, así como, sobre todo, el hecho palpable de ganar más que ellos, transformó su primitiva inseguridad en una arrogancia fría y, por lo general, torpemente manifiesta.

—Pero ¿cómo no había de engréir tan repentina gloria a una cabeza tan hueca? —concluyó mi amigo, que acababa precisamente de relatar-me algunas muestras palmarias de la infantil prepotencia de Czentovic—. ¿Cómo no iba a hacer presa el vértigo de la vanidad en el campesino del Banato, quien, con sus veintiún años, de pronto, moviendo unas figuritas sobre un tablero de madera, ganaba más en una semana que todo su pueblo en un año entero derribando árboles y realizando las faenas más duras y pesadas? Y luego, ¿no es asombrosamente fácil considerarse un gran hombre cuando uno no tiene ni la más remota idea de que alguna vez hayan existido un Rembrandt, un Beethoven, un Dante, un Napoleón? En el cerebro tapiado de ese muchacho cabe una sola cosa y es que desde hace meses no ha perdido ninguna partida de ajedrez, y puesto que no sospecha que, aparte del ajedrez y del dinero, existen otros valores en el mundo, le

sobran razones para sentirse encantado consigo mismo.

Estas declaraciones de mi amigo no podían sino despertar mi más viva curiosidad. Todas las especies de monomaníacos, enclaustrados en una sola idea, me han interesado desde siempre, pues cuanto más se limita un individuo, tanto más cerca se halla, por otra parte, del infinito, dado que esos seres aparentemente distantes del mundo se construyen, cada cual en su materia y a la manera de las termitas, una síntesis del mundo singular y absolutamente única. No disimulé, pues, mi propósito de estudiar más de cerca, durante los doce días de viaje hasta Río, aquel singular espécimen de estrechez intelectual.

Pero mi amigo me previno:

—Será usted poco afortunado en este caso. Que yo sepa, nadie ha logrado hasta ahora son-sacarle a Czentovic ni el más mínimo material psicológico. Detrás de toda su abismal estrechez de miras oculta ese hábil campesino la gran astucia de no ponerse nunca en evidencia, lo cual consigue mediante la sencilla técnica de evitar toda conversación que no sea con compatriotas de su misma extracción, cuya compañía busca en fondas modestas. Cuando advierte una persona culta, se encierra en su concha de caracol. He aquí por qué nadie puede vanagloriarse de haberle oído decir una necedad o de haber medido la profundidad, que según se dice es ilimitada, de su ignorancia.